

¡Ah!, Bárbara. Eres un ángel..., digo, precisamente un ángel, lo que se llama un ángel, no; pero...

BÁRBARA, *para sí.*

¡Qué simpático, qué mono!

FEDERICO.

Pero sí una hembra mestiza, hermosa y espiritual mula, nacida de la yegua humana y del asno divino. Dime, ¿quién me salvará á mí? ¿Dónde encontraré yo la compañera de mi vida, la que reuna en un solo sentimiento el amor y la confianza, la ilusión y la amistad?

BÁRBARA.

Pues eso..., en cualquiera de las que pertenecen al bello sexo lo podría encontrar. ¡Somos tantas...! Pero olvide sus preocupaciones, y tire el orgullo por la ventana. ¿Quiere que le acueste?

FEDERICO.

Sí..., sálvame tú..., líbrame de esta opresión. Quiero decir, que me desabroches el chaleco y me quites las botas.

Bárbara le sirve de ayuda de cámara.

JORNADA QUINTA

ESCENA PRIMERA

La misma decoración de la escena VIII de la segunda jornada. En el gabinete de la izquierda, mesa puesta con dos cubiertos. Anochece. Luz artificial.

FEDERICO, *que entra cabizbajo y sombrío*; FELIPA, *tras él, esperando órdenes.*

FELIPA, *para sí.*

¡Virgen de Atocha, qué cara se trae hoy este señorito! Ni un reo en capilla la tiene peor. ¿Qué mosca le habrá picado?... ¡Ya; que apuntó mal anoche, y como las cartas no tienen entrañas...! ¡Lástima de hombre, entregado á un vicio tan feo...!

FEDERICO, *para sí.*

Vengo prevenido. Si ese trasto nos acecha esta noche á la salida, le dejo seco. (*Alto.*) Dime, Felipa...

FELIPA.

Señorito.

FEDERICO.

¿Has notado tú que, por la tarde ó al anochecer, mientras estamos aquí la señorita y yo ron- de la casa alguna persona sospechosa, quiero decir, algún quidam que curioso ó esté á la mira de quién entra y sale?

FELIPA.

¡Ah!, no señor, no he visto nada, ni creo que...

FEDERICO.

¿Ni te ha dicho nada la portera? Yo me figuro que el que figonea vendrá muy embozadito, y se situará en la esquina ó junto á la valla de la casa en construcción.

FELIPA.

Por esta calle, que no es más que un deseo de calle, no pasa alma viviente, como no sean los tíos que viven en los muladares, y esos..., ¡pobrecitos!, ya quisieran ellos embozarse, y lo harían si tuvieran en qué.

FEDERICO.

Con todo, conviene estar alerta. Mira: esta noche, luego que venga la señorita, sales, y con disimulo teijas en toda persona que veas, sobre todo si esa persona se para en la esquina ó en el portal próximo. Procura observarle la cara, y me avisas. Verás qué pronto le despacho yo.

FELIPA.

Saldré por precisión, pues faltan algunas cosas todavía. La señorita dispuso que cenaran ustedes aquí.

FEDERICO.

¡Ah!, sí, no me acordaba.

FELIPA.

He traído algo de casa de Lhardy, y lo demás lo hemos arreglado entre mi hermana y yo. La mesa está puesta en el gabinete. Allí tiene usted la chimenea encendida. (*Vase.*)

FEDERICO, *para sí, distraído.*

Como yo descubra que nos vigilan, quienquiera que sea no quedará con ganas de vigilancia. (*Pasa al gabinete. Saca del bolsillo del gabán un revólver, y lo oculta detrás del reloj de la chimenea. Se quita gabán y sombrero.*) No tardará... Cogería yo á ese Malibrán y le ahogaría, así..., como á un pájaro... (*Apretando los puños.*) No nos hagamos ilusiones. Orozco no puede ignorar mucho tiempo su afrenta... Quizás la sepa ya..., ¡y ella impávida!... Me parece que ya está ahí. (*Entra Augusta y se abrazan.*)

ESCENA II

FEDERICO, AUGUSTA.

AUGUSTA.

Perdis mío del alma... ¡Qué carita tienes tan, tan..., no sé cómo! ¿Has dormido mal anoche? ¿Por qué no fuiste á comer á casa? ¡Qué sola estuve, y qué triste! Pero ya tocan á olvidar penas pasadas. ¡Qué consuelo vertel... ¡Ah!, ¿sabes?... No sé por dónde empezar... Tantas cosas tengo que decirte, que las palabras se me enre-

dan en la lengua. Lo primero: sabrás que Tomás fué á las Charcas.

FEDERICO.

¿Solo?

AUGUSTA.

Con Malibrán.

FEDERICO.

¡Y tú tan tranquila!

AUGUSTA.

¡Oh!, no; no estoy tranquila ni mucho menos. ¿Crees tú que...? ¡Ay! Por tu vida, no me asustes. Esta noche quiero ser feliz, ó hacerme la ilusión de que lo soy. La dicha pasa tan pronto, que debemos andar muy listos y cogerla y gozarla antes de que vengan las complicaciones. Y aún espero yo que las venceremos. ¿No lo crees tú así? Dime que las venceremos, confórtame, animame.

FEDERICO, *sombrio*.

Ten por seguro que nuestro secreto no puede defenderse ya.

AUGUSTA.

¡Ay, qué pesimista! Yo rabiando por hacer aquí un paréntesis, un refugio, un mundo aparte, y tú empeñado en traer á este rinconcito los afanes de allá. Aislémonos, cortemos la comunicación con el mundo, querido.

FEDERICO.

No es posible cortar la comunicación cuando nos amenazan graves sucesos.

AUGUSTA.

¡Ay, qué miedo! Bueno, hijo mío, si quieres que llore, lloraré; ¡yo que venía dispuesta á reirme y hacerte reir! Y no creas, traigo muy pensados mis argumentos. Hoy me propongo convencerte, y para ello no habrá monería que yo no emplee.

FEDERICO, *tedioso*.

Convencerme..., ¿de qué?

AUGUSTA.

De que debes someterte á mi voluntad, grandísimo pillo. (*Acariciándole.*) ¿Qué tienes tú que hacer más que vivir exclusivamente para mí? Yo soy para ti el mundo entero, y agradarme y tenerme contenta es tu único fin. Si me dices que no, te arranco todo el pelo, y te dejo más calvo que la ocasión..., pintada.

FEDERICO, *abatido*.

Palabras muy bonitas, pero inoportunas. Tú no te has hecho cargo del peligro que nos acecha. Mi opinión es que tu marido sabe ya... *esto*. El viaje á las Charcas es capcioso, una ausencia figurada para sorprendernos aquí.

AUGUSTA, *ocultando la cara en el pecho de su amigo*.

¡Oh, qué espanto! De sólo pensarlo, parece que pierdo el sentido... (*Rehaciéndose.*) Pero no puede ser. No me metas miedo. ¡Cuánto me haces sufrir! No nos sorprenderá.

FEDERICO.

Por mí no me importa. Estoy dispuesto á todo. A quienquiera que entre por esa puerta le suelto seis tiros.

AUGUSTA, *temblando*.

¡Ay, qué horror! Por la Virgen Santísima, no hables de tiros, ni de que aquí va á entrar alma viviente. Tú estás alucinado, nervioso. Sueñas con peligros que no existen, y ves fantasmas en tus propios dedos. ¿Qué te pasa?

FEDERICO, *levantándose como con necesidad de expansión*.

¡Ay, Augusta! Yo no puedo vivir así; yo tengo sobre mi alma un peso insoportable. Déjame expandirme contigo, y no te asustes si digo algún despropósito..., algo que no ha de serte grato. Se ha complicado esto de tal modo, que es preciso echar una víctima al monstruo, al problema, y la víctima, ó mucho me engaño, ó seré yo.

AUGUSTA.

¡Por Dios, querido mío, no hables de víctimas! Es hasta de mal gusto... En todo caso, la víctima sería yo, como la más culpable: tú eres hombre, eres libre. Yo soy mujer casada, y falto á mis deberes.

FEDERICO.

Tú no. Por alborotada que esté tu conciencia, no hay en ella las luchas que agitan la mía. Yo

no puedo acabar en bien. Lo menos malo que me podrá pasar es que perezca. Por desgracia mía, quizás la víctima que presiento será Tomás. (*Con desvario*.) Porque, tenlo por cierto, si me insulta, cree que le mato. El derecho suyo á injuriarme, y la justicia con que lo haría, si lo hiciera, me son insoportables.

AUGUSTA, *horrorizada*.

¡No hables así, por Cristo! Me pones enferma. ¿Pero qué ideas traes hoy, querido mío?

FEDERICO.

Tú contéstame á lo que te pregunto: Si yo matara á tu marido, bien en duelo, bien en defensa propia, ¿qué harías?

AUGUSTA, *cubriéndose el rostro con las manos*.

Cállate, que me vuelves loca. ¿Y si él te matase á ti? Esa es otra. ¡Jesús de mi vida! No quiero pensarlo. ¡Pesadilla horrenda!

FEDERICO.

¿Y si te matara á ti? Según la justicia vulgar, eso sería lo más derecho.

AUGUSTA, *con aflicción*.

¿A mí? ¿Por qué? ¿Porque te quiero? ¡Oh!, no...; no es motivo suficiente. La idea de morir me horroriza. El sentimiento místico no cabe en mí. Quiero vivir, ¡ay!, y gozar de la vida que Dios me dió. Me son antipáticas las ideas trágicas y

las emociones lúgubres: las proscribo de mi cerebro y de mi corazón como algo que no es de buen tono. Cállate, si quieres que yo no me arrepienta de haber venido á pasar este rato contigo.

FEDERICO, *caviloso, con idea fija.*

Pues de los tres, tenlo por seguro, alguno ha de caer.

AUGUSTA, *envalentonándose.*

Por Dios, basta ya de cosas lúgubres. Yo quiero vivir y que vivan todos: que viva él, tan bueno, tan humano; que vivas tú, perdulario mío, porque te quiero y me haces falta. Tu existencia me es tan necesaria como la mía propia. Que viva yo; también soy de Dios, y aunque mala, no me resigno á morirme... ¡Ay, la vida me gusta!

FEDERICO, *con gran desaliento.*

También á mí me gustaba cuando te enamore y me correspondiste. Pero ya me pesa, me hastía... ¿No lo comprendes? ¿Te parece un vislumbre de romanticismo trasnochado? Esto de que el vivir le cargue á uno se ha hecho algo cursi; mas no deja de ser verdad en ciertos casos. Figúrate tú: cuando las dificultades de la vida se complican de modo que no ves solución por ninguna parte; cuando, por más que te devanes los sesos, no encuentras sino negaciones; cuando nada se afirma en tu alma; cuando las

ideas que has venerado siempre se vuelven contra ti, la existencia es un cerco que te oprime y te ahoga.

AUGUSTA.

Alma mía, estás trastornado de tanto cavilar en pamplinas. ¿Has pasado malas noches? ¿Estás enfermo? Cuéntame. Descansa en mí. Reposa tu cabecita sobre mi hombro, y échame para acá, una por una, esas terribles penas. Verás cómo resulta que todas ellas son unas grandes necesidades. ¿Tienes ó no confianza con tu dama?

FEDERICO, *para sí.*

Si le digo que no, me comprenderá menos. Más vale callar. (*Recuesta la cabeza sobre el hombro de su amada, y cierra los ojos.*)

AUGUSTA.

Serénate. Yo te refrescaré las ideas, que están irritadas y ardientes de tantas vueltas como les has dado en el cerebro. No hay cosa peor que no tener un amigo á quien contarle todo lo que nos pasa. Tú te empeñas en ser reservadito con tu dama, y ahí tienes, ahí tienes el resultado. (*Pausa.*) ¿Por qué callas? ¿Misterios tenemos, y conmigo? No salgas ahora con la evasiva de que estás así por el asunto de tu hermana. No es para tanto.

FEDERICO.

Mucha parte tiene en mi abatimiento.

AUGUSTA.

¡Oh, no! Hay algo más. Un pajarito que á mí me lo cuenta todo, me lo ha dicho así.

FEDERICO.

Mis cosas no están al alcance de los pajaritos cuenteros.

AUGUSTA.

Yo te digo que sí lo están. Además, yo no necesito que las aves me traigan secretos al oído para saber los tuyos. La ciencia sola del amor me da suficiente penetración para comprender que tus afanes de estos días, y tu tristeza de reo en capilla, obedecen á... (*Con arranque.*) ¿Pero á qué vienen esas delicadezas y esos tapujos, tratándose de mí, que soy tu amiga del alma...

FEDERICO, *para sí.*

Mi amiga no, mi amiga no.

AUGUSTA.

... y estoy en la obligación de compartir tus penas? Sean comunes nuestros bienes y nuestros males, como es común la responsabilidad. Juntos vamos por el camino de la vida, y resulta monstruoso que mientras yo no carezco de nada, vivas tú como vives. No, no lo eches á broma: tú estás mal, muy mal, y sin duda has llegado á una situación insostenible, ahogadísima, de naufragio irremediable... (*Federico de-*

niega enérgicamente con la cabeza.) Por Dios, no me atormentes; no me prives del mayor placer de mi vida, goce del alma tan puro, que no cabe mayor pureza; no me quites esta ilusión, que me compensa de los malos ratos que paso por ti, la ilusión de favorecerte... Y no diré *favorecerte*, porque te molesta la palabra. Si la idea de protección te humilla, diré... lo que quieras. Yo pongo los hechos: pon tú las palabras. Considera que no te doy nada, sino que tomas lo tuyo, porque lo mío es tuyo... Di una cosa: si tú fueras rico y yo pobre, ¿no me darías todo lo que yo necesitase?

FEDERICO.

Es diferente. Yo quisiera, vida mía, que no hablaras de estas cosas. No sé cómo responderte sin lastimarte. Tu bondad me confunde. Si te contesto que nada necesito, que mi situación es buena, creerás que miento y que sobrepongo mi orgullo á mi necesidad por no rebajarme... ¿Crees eso?

AUGUSTA, *impaciente.*

Palabrería, chico, palabrería. Estamos haciendo frases estúpidamente, cuando lo que importa es hablar con claridad. Por mucho que disimules conmigo tu mala situación, no te vale. ¡Ni que fuéramos criaturas!... Ea, confianza, pues sin confianza no hay amor. Fuera caretas, perdis mío. Oye la palabra de Dios que sale de mis

labios. (*Con secreleo cariñoso.*) ¡Tengo una hucha... más rica!... En previsión de tus ahogos, que también son míos, vengo llenándola tiempo ha... Si quieres que no riñamos, di á todo que sí, y déjate guiar, muñeco.

FEDERICO, *sonriendo con tristeza.*

Cuando me ahogue, te avisaré. Sigue engordando la hucha. Por ahora floto perfectamente.

AUGUSTA.

¡Qué has de flotar, mico, qué has de flotar, si llevas al pescuezo una piedra muy gordal!... (*Echándole los brazos al cuello.*) ¿Ves?, aquí tienes la piedra: ahógate, ahoguémonos juntos, y despertaremos, como dicen los amantes suicidas, en un mundo mejor... Eh, ¿qué suspiro tan grande es ese? ¿Qué tienes tú dentro de ese pecho que no quiere salir?

FEDERICO, *sin aliento, oprimiéndose el costado.*

Nada, es cosa puramente física: un dolor aquí. No, no es dolor, una opresión; tampoco es opresión: un estímulo, no sé qué...

AUGUSTA.

Pobretín. ¿Dónde? ¿Aquí? (*Le frota suavemente el costado izquierdo.*) ¿Se pasó ya?...

FEDERICO.

No se pasa, no. Sensación más rara no creo que exista. Me gustaría poder meterme los dedos por aquí hasta tocarme el corazón.

AUGUSTA.

¡Mimoso, aprensivo!... Pero estamos hechos aquí un par de tontos, olvidando la cenita que he mandado preparar. Tengo hambre. ¿Y tú?

FEDERICO.

¿Yo? Pues mira, que sí. Mi desgana se ha convertido súbitamente en un apetito brutal.

AUGUSTA, *riendo.*

¡Vaya con tus enfermedades!... ¡Bobalicón, cuánto te quiero, qué loca estoy por ti! Ea, cenemos, y después se hablará otra vez de lo mismo. (*Pasan al gabinete y se sientan á la mesa. Les sirve Felipa.*)

FEDERICO.

¿Sabes que me siento ahora muy bien? Se me despeja la cabeza. ¡Ay, hija mia, no te he contado...! ¡Terribles horas las de anoche! No puedes figurártelo. Tuve alucinaciones; vi á tu marido, como te estoy viendo ahora á ti... ¡Fenómeno extraño y por demás espantoso! Pues todavía tengo mis dudas de si fué realidad ó ficción de mi mente lo que vieron mis ojos y escucharon mis oídos...

AUGUSTA.

Eso no es más que debilidad. ¡Pobrecito mío, si ni siquiera tienes quien te cuide! Paso muy malos ratos pensando en lo mal que te tratan esas criaduchas. ¿Por qué no fuiste á comer con nosotros anoche?...

FEDERICO.

Porque... (*Confuso.*) Porque tuve compromiso de comer en otra parte.

AUGUSTA.

¡Qué bien estamos aquí! ¡Qué soledad tan deliciosa, qué mundo éste, aparte y pequeñito, pero grande por el sentimiento!

FEDERICO, *distraído.*

Hermoso es esto, sí.

AUGUSTA.

Y ese corazoncito, ¿cómo anda?

FEDERICO.

Calmado. ¡Qué bien me siento ahora! El amor evapora las penas, aunque de una manera fugaz.

AUGUSTA, *con calor.*

Fugaz no, mil veces no.

FEDERICO, *bebiendo fuerte.*

Embriaguez pasajera de los sentidos; pero aun así, buena es, ayuda á vivir...

AUGUSTA.

¿Qué es eso de embriaguez pasajera, chiquillo tonto?

FEDERICO.

Ni sé lo que digo.

AUGUSTA.

¿Me tomas á mí por una de esas á quienes se adora durante media noche?

FEDERICO, *para sí.*

Si le dijera que sí, concluiríamos mal. (*Alto.*) No, vida mía; quiero decir que esta excitación, si durara, sería penosa.

AUGUSTA.

Déjala que dure. ¡Ay, quieres acortar los pocos instantes deliciosos de la vida! Olvidemos lo de fuera, y revolvámonos libres y gozosos dentro del mundo que encierran estas cuatro paredes. El otro universo se queda allá, navegando en el piélago inmenso de su insipidez.

FEDERICO, *ligeramente excitado.*

Quédese allá, y divirtámonos nosotros en éste mientras nos dure. Aceptemos el engaño, y alarguémoslo todo lo posible.

AUGUSTA.

Perdis, loco, botarate, ¿me quieres mucho? Dime que no amas ni puedes amar á nadie más que á mí. Siéntome ahora penetrada de un egoísmo brutal, y quiero alimentarlo oyéndote repetir que me adoras á mí sola, á mí sola, sin desviación alguna chica ni grande en tus afectos.

FEDERICO, *maquinalmente.*

A ti sola, á ti sola. (*Beben champagne.*)

AUGUSTA, *chocando las copas.*

Pertenézcame todo lo que te constituye: la persona visible y el espíritu, que no se palpa y

se siente; las miradas y el alma; el carácter y la figura; las cualidades y los defectos, que adoro por igual, y hasta la ropa, hasta la ropa, todo ha de ser para mí. Quisiera vivir contigo en un rincón del mundo, y cuidarte, y coserte un botón si se te caía, y arreglarte la ropita..., y aunque fuéramos pobres no me importaría nada. Esto de ser rica y hacer un día y otro las mismas cosas, aburre... Pero no; vale más que tengamos dinero tú y yo y que nos demos la gran vida. *(Con exaltación.)* ¿De veras que me quieres á mi sola y que no tienes mirada ni pensamiento para ninguna otra mujer? ¿Verdad que esa *Peri* no es querida tuya, ni le haces maldito caso?... Tu amiga, tu *Peri* soy yo y nadie más que yo.

FEDERICO, *delirante*.

Eres mi *Peri*, y mi no sé qué, y yo soy tu perdis y tu chulo, y tu qué sé yo qué... Cuando me prendan por estafador, ¿irás tú á llevarme la comida á la cárcel, chavala mía?

AUGUSTA.

Sí; me pongo mi mantón, y allá me voy. Luego, cuando te suelten, nos iremos del bracete por esas calles, y entraremos en las tabernas, siempre juntitos, á beber unas copas... ¡Ay, qué feliz soy esta noche!

FEDERICO.

Y yo más que tú. Esta embriaguez nerviosa

renueva y entona la vida. Aceptémosla con júbilo, vivamos.

Pausa muy larga.

AUGUSTA.

¿Duermes, vida?

FEDERICO.

No; despierto estoy.

AUGUSTA.

¿Te sientes mal?

FEDERICO, *inquieto*.

Siento aquello..., lo indefinible de que te hablé antes. *(Se levanta y pasea por la habitación.)* ¡Triste de mí, con qué furia me acometen mis ideas estos centinelas incansables que me vigilan, que me cercan de día y de noche! Pasó la efervescencia nerviosa, se apagó la ilusión de momento, y ya estamos otra vez en el suplicio de la rueda oscura.

AUGUSTA.

¿Qué hablas ahí?

FEDERICO.

No digo nada.

AUGUSTA.

Cuéntame lo que piensas.

FEDERICO, *secamente*.

No es bueno para ti que intervengas en mis asuntos. Contra mi voluntad, por efecto de no sé qué fatales emergencias de la vida, una mu-

ralla se levanta entre tu persona y la mía. El amor la destruye á veces...; no es que la derribe, es que la transparenta. El amor cree haberla destruido porque se ve..., nos vemos las caras de una parte á otra; pero no podemos juntarnos: la muralla es dura como el diamante.

AUGUSTA, *recelosa*.

¿Qué chifladuras estás rumiando ahí? Chico mío, hemos convenido en que no tienes ya por qué darle á las cavilaciones. (*Echándolo á broma.*) Estás como quieres, tonto, gandul. Recuerda que eres mi chulo, y que te llevo la comida á la cárcel.

FEDERICO, *nervioso y afectado*.

Esa broma es de muy mal gusto.

AUGUSTA.

No te lo parecía antes... (*Con seriedad.*) En resolución, no te permito poner esa cara de deudor insolvente. Ya no tienes quien te ahogue. La confianza ha establecido la mancomunidad de nuestros bienes. Con lo que he guardado para ti, cádate resuelto el problema del momento, ¿sabes? Y luego tu desconcertada administración se regularizará con aquel ingenioso arbitrio que discurió Tomás después de la entrevista con tu padre.

FEDERICO.

Fácilmente, con tu jarabe de pico, arreglas

tú todas las cosas, aun aquellas que no tienen arreglo.

AUGUSTA, *enérgicamente*.

No; no puedo creer que persistas en la simpleza de rechazar eso. Si lo haces, es que no me quieres, ni estimas en nada mi felicidad. No me cabe en la cabeza tal obstinación, ni esa clase de orgullo tan tonto y tan... finchado.

FEDERICO.

¡Ay, querida mía!... (*Con aflicción.*) Mucho siento tener que decírtelo: tu sentido de la dignidad es muy incompleto; tus ideas morales no se ajustan á la razón.

AUGUSTA.

¿Qué significa eso? ¡Ah, las ideitas morales! Nos las encontramos en el camino al volver de la excursión del amor; á la ida, hijo de mi alma, las ideas esas andarán por allí, pero no las vemos. Eres un ingrato, pues aun considerando que no es bueno lo que te propongo, debes aceptarlo y comulgar conmigo en esta maldad... Dilo de una vez. (*Alborotándose.*) ¿Es que no me quieres y tomas eso por pretexto para separarte de mí?

FEDERICO.

No, tonta, no. (*Con cariño.*) Pero ven acá, sé razonable sin dejar de ser apasionada. ¿Cómo quieres tú que yo reciba tal beneficio de aquellas manos que...?

AUGUSTA.

Hazte cuenta que no lo recibes de aquéllas, sino de éstas.

FEDERICO.

No puedo hacer esas cuentas galanas. Y aunque las haga, la monstruosidad no desaparece.

AUGUSTA.

¡Fantasmón, esclavo de la letra y de la forma! Sacrificas tu felicidad y la mía al respeto social, á esa paparrucha del *qué dirán*, á la opinión de cuatro estúpidos que censuran lo que ellos harían si pudieran.

FEDERICO.

Prescindo de la opinión, si gustas, y no veo frente á nosotros más que á tu marido solo. Sin que yo me precie de austero, mi conciencia no puede soportar la contradicción horrible de ultrajarle gravemente y recibir de él limosnas de tal magnitud. ¿Es posible que no lo comprendas así? ¿Cabe en tu mente aberración semejante?

AUGUSTA, *ligeramente desconcertada.*

Yo no pienso ni siento más sino que tú padeces, y que por este medio no padecerás.

FEDERICO.

Péro hay otra razón más poderosa que las razones de honor. ¿Crees que tu marido va á ignorar mucho tiempo *esto*?

AUGUSTA.

No, verás como no.

FEDERICO.

¡Inocente! ¿A qué crees tú que ha ido Malibrán á las Charcas?

AUGUSTA, *pensativa.*

¡Si sucediera lo que temes!... No, no sucederá: el corazón me dice que Tomás no sabrá nada, y el corazón no me engaña nunca á mí.

FEDERICO.

Y aún no sabemos si el viajecito al monte será simulado, con el piadoso objeto de sorprendernos. (*Mirando con recelo á las puertas cerradas.*)

AUGUSTA, *con pavor, agarrándose á él.*

Por tu salvación, no me asustes. ¡Sorprendernos! ¿Te has propuesto martirizarme esta noche? (*Rehaciéndose.*) No, no puede ser. Peligros que sólo están en tu imaginación. Esos viajes fingidos y esas sorpresas por escotillón sólo ocurren en los dramas.

FEDERICO.

Y también en la vida.

AUGUSTA, *con gravedad.*

Oye tú: voy á revelarte un secreto. Me determino á ello... por ser cosa importante, que tal vez modifique tus ideas y te quite ese sobresalto.